

**A LAS HH. CECILIA HERNÁNDEZ, WENCESLADA HERNÁNDEZ,  
JUANA OTEGUI Y ASCENSIÓN MÉNDEZ**

Salamanca, 3 abril 1877

MF I 6. Autógrafa.

La M. Cándida dirige esta carta a la comunidad de Peñaranda, formada en aquel momento por las HH. Cecilia Hernández, Wenceslada Hernández, Juana Otegui y Ascensión Méndez.

Esta carta suya, en la que se siente un frescor de espontaneidad, nos revela de manera muy viva la ternura de su corazón. En sus expresiones sencillas se capta como una fuerza impulsora para unas relaciones muy fraternas en aquella primera comunidad que se está construyendo fuera de la casa matriz.

Ihs

La Purísima Virgen nos cubra con su manto.

Mis muy amadas hijas Cecilia<sup>1</sup>, Wences<sup>2</sup>., Juana<sup>3</sup> y Ascensión<sup>4</sup>: No pueden imaginarse lo mucho que me acuerdo de las cuatro. Sí, es cierto, y me hubiera alegrado si hubieran venido a

---

<sup>1</sup> Cecilia Hernández Asensio era hija de D. Álvaro Hernández y de D.<sup>a</sup> Petra Asensio, y nació en Hervás (Cáceres), probablemente en noviembre de 1846. Ingresó en la Congregación, a los veinticinco años de edad, el 19 de mayo de 1872 e hizo su primera profesión el 18 de julio de 1874.

Es ella la primera superiora nombrada por la M. Cándida; asume esta misión en la comunidad de Peñaranda de Bracamonte, en el momento de la fundación del colegio, el 20 de enero de 1875. Este nombramiento contaba ya con la aprobación plena del P. Herranz, que el 27 de noviembre de 1874 había escrito a la M. Cándida: “Mucho me gusta la elección de la H. Cecilia sea para dondequiera, pues es a propósito para las clase y para gobernar y será cariñosa con las Hermanas cuando se vea en su casa” (cf. PH I 13).

Cecilia se queda poco tiempo en Peñaranda, por motivos de salud vuelve el 18 de junio a Salamanca. Aquí le confían la responsabilidad de la clase de Santa Teresa, tarea que desempeña, probablemente, desde la segunda mitad del año 1875 hasta finales de 1876. En los meses de enero, abril y octubre de 1877, su correspondencia con la M. Cándida nos permite situarla en Peñaranda y, según se deduce, al frente de la comunidad. Parece que estuvo allí todo aquel año; lo dan a entender algunas expresiones de sus cartas (cf. C FI 47,1 y 2)

Las que la conocieron hablan del testimonio elocuente de su vida consagrada, en la que se sentía una fuerte dimensión apostólica. Víctima de un catarro pulmonar, falleció en Salamanca el 12 de diciembre de 1879 (cf. B 1,11; RC 11; N 8)

<sup>2</sup> Wenceslada Hernández Arrojo. Nació en Hervás (Cáceres) el 25 de abril de 1847. Era hija de C. Zacarías Hernández y de D.<sup>a</sup> Inocencia Arrojo; una familia de condición modesta, pero honrada y trabajadora. Pasó los años de su niñez en compañía de su tía, religiosa exclaustrada. Orientada por D. José Barbero y ayudada por el P. Mariano Rodríguez, S.I., su primo, ingresó en el noviciado de las ijas de Jesús el 10 de abril de 1872, a los veinticinco años de edad. Formó parte del segundo grupo de Hermanas a quienes el P. Herranz impuso el hábito de la Congregación el 27 de agosto de 1872, en aquel acto que fue como el epílogo de su presencia física en medio de las Hijas de Jesús. Hizo su primera profesión el 18 de junio de 1874, y la perpetua, el 24 de septiembre de 1903.

A Wenceslada le oca por varias veces y por muchos años, ejercer en la Congregación el servicio de la autoridad. Lo empieza en 1875, unos mese después de la fundación del colegio de Peñaranda; sustituye entonces a Cecilia Hernández, que se había puesto enferma.

Después de haber pasado unos meses como superiora de la primera comunidad de Tolosa, participa en la fundación del colegio de Segovia, en donde aparece como responsable de la clase de la Fuencisla. No sabemos cuándo le confían la tarea del gobierno en Arévalo; pero, a partir de julio de 1892, allí la encontramos con esta

pasar la Semana Santa<sup>5</sup>, pero es mucho mejor para cuando vayamos a la otra casa<sup>6</sup>. Creo que estarán mis hijas todas muy contentas, con mucho fervor, como verdaderas Hijas de Jesús<sup>7</sup>, y cuánto pedirán por su pobre madre<sup>8</sup>, que tanta falta le hace.

Tengo a la vista la grata carta de felicitación de mis amadas hijas, y también he recibido las otras, y no he contestado, es cierto, pero no crean que es porque me olvido; no, nunca.

La H. Carlota<sup>9</sup> está bien y contenta; hace bastante que me dio una carta para mandar, y por estar yo para escribir tanto tiempo y no pudiendo hacerlo, eso fue el motivo para no mandar

---

misión, que ella seguirá desempeñando hasta 1905. A fines de este año, la M. Cándida la pone al frente de la comunidad de Medina del Campo y en diciembre de 1911 la vuelve a enviar como superiora a Peñaranda.

Wenceslada Hernández participa en los cuatro primeros capítulos generales celebrados en la congregación. En el segundo de ellos, el 24 de septiembre de 1905, es elegida tercera consultora general; en el tercero, el 2 de enero de 1913, pasa a ser segunda consejera, y desde la muerte de María Igarategui en julio de 1922 le confían la misión de primera consejera y vicaria general, cargos que desempeña hasta el cuarto capítulo general en 1925.

Muere en Salamanca el 22 de octubre de 1927 (cf. B 1,10; RC 10; DB 2)

<sup>3</sup> Juana Otegui Olazábal era natural de Tolosa (Guipúzcoa), en donde nació el 2 de mayo de 1841. Fureon sus padre D. Francisco Otegui y D.<sup>a</sup> Josefa Ignacia Olazábal.

Al sentirse llamada por el Señor a la vida religiosa, ingresó en el Instituto de las Hijas de la Caridad, en Tolosa. Después de su primera profesión fue enviada a León, en donde conoció al P. Herranz. Al abandonar este Instituto después de cinco años, se colocó como chica de servicio en Valladolid para ayudar a su madre, que vivía allí. Volvió entonces a encontrarse con el P. Herranz, por consejo suyo hizo la carrera de Magisterio y pidió ser admitida en el noviciado de las Hijas de Jesús. La M. Cándida no consideraba suficientemente madura su vocación, pero por fin la recibió el 15 de febrero de 1872. hizo su primera profesión el 25 de marzo de 1874 y en la fundación de Peñaranda fue designada como miembro de la primera comunidad. Parece que su carácter difícil fue causa de sufrimientos para las que vivieron con ella. La M. Cándida intentó por varios medios ayudarla a una mayor integración comunitaria; los esfuerzos resultaron inútiles, y fue necesario que dejase la Congregación, lo que realizó el 26 de octubre de 1862 (cf. B 1,8; RC 8)

<sup>4</sup> Ascensión Méndez Tomé era hija de D. Jacinto Méndez y de D.<sup>a</sup> Sebastiana Tomé y nació en Torrejoncillo (Cáceres) el 30 de mayo de 1832. En su juventud trabajó en casa y en el campo hasta los veintidós años, cuando perdió a su madre y tuvo que dedicarse por completo al cuidado de su padre, el cual llegó a quedarse totalmente imposibilitado.

Muerto el padre, pensó en consagrarse al Señor, lo que consiguió realizar algún tiempo más tarde, ingresando en la Congregación de las Hijas de Jesús el 14 de abril de 1875, a los cuarenta y cinco años de edad.

A los diez meses de noviciado fue enviada a Peñaranda para sustituir a la H. Antonia Asenjo Hernández, que había fallecido el 22 de diciembre de 1875. regresó a Salamanca para hacer el mes de ejercicios y prepararse para su primera profesión. En Salamanca, ya profesada, desempeñó ordinariamente el oficio de cocinera, alternando en ocasiones esta tarea con la de enfermera. Tanto en uno como en otro servicio la vieron siempre entregada y disponible. Se pondera también en sus notas biográficas su participación en la vida comunitaria a pesar de lo delicado de su salud. Ascensión Méndez falleció en Salamanca el 25 de septiembre de 1898 (cf. B 1,28; RC 28; N 36)

<sup>5</sup> Con objeto de hacer juntas los ejercicios espirituales, de intensificar quizá la dimensión congregacional en la celebración de las fiestas de Navidad o en el triduo pascual, se ve que algunas veces en los primeros tiempos se reunían en Salamanca las Hermanas de Peñaranda y Arévalo; eran dos comunidades pequeñas, con mucha carencia de recursos materiales y menos posibilidades de asesoramiento en el terreno espiritual (cf. CFI 35,32; DV 3 p.53-54)

<sup>6</sup> La comunidad de Salamanca sigue viviendo en la casa de la concordia mientras se terminan las obras indispensables en el antiguo convento de los Trinitarios, que el obispo, D. Narciso Martínez Izquierdo, ha cedido a la M. Cándida. A fines de septiembre del mismo año, 1877, se trasladan a la casa de la calle Zamora, más amplia y capaz para el colegio y la residencia de las Hermanas (cf. DSc 1 p.13-)

<sup>7</sup> Es una expresión continuamente repetida por la M. Cándida en su correspondencia. Sintetiza en ella una constante catequesis, con la que quisiera colaborar a que el ideal de la Hija de Jesús –diseñado en la fórmula de la Congregación y en las constituciones- fuese encarnando más y más en la vida de las Hermanas. De ahí su evidente correlación entre el “verdaderas Hijas de Jesús” y la “observancia de las Constituciones”, como modo concreto de vivir el Evangelio y caminar así hacia la plenitud en el amor que es la “santidad”.

<sup>8</sup> “Pobre madre” o “ruin madre” no es modo más o menos modesto y rutinario de referirse a sí misma la M. Cándida. Transluce en esta expresión una realidad profunda y básica de su postura espiritual. Es un reconocimiento constante de su propia pobreza personal y de la que asimismo experimenta –en cuanto a recursos materiales y humanos- para llevar adelante su misión. Se sabe pobre, y dice clara y frecuentemente lo que es. Pero no la retiene su pobreza; sabe también que Dios la ha escogido para ser fundadora, y se pone en sus manos como instrumento plenamente disponible (cf. DCE 2,2). Sobre la base del reconocimiento de su pobreza radical, Dios la lleva a la segura confianza en Él como Padre, a la escucha permanente para conocer y seguir su querer, a la entera disponibilidad en su servicio.

antes. Pero, como mis hijas queridas, me habrán perdonado todo. ¿No es verdad? Y ¿qué le diré en particular a la H. Juana? Que no quiero que esté triste nunca; esto es una de las máximas del Beato Berchmans; y que no crea, aunque no he contestado, que por eso me olvido, pues la quiero más de lo que parece. Si le hace falta la lecha de burra, como el año pasado, que la tome; soy su madre, y deseo el bien espiritual y corporal de mis hijas, deseando que sena muy santas; para eso ya saben que es esto lo que hace falta: observancia de las Reglas, obediencia, etc.

Hermana Ascensión, estamos en el mes de...<sup>10</sup>; no me olvido.

De un día a otro esperamos dos niñas internas.

Mis recuerdos a d. Bernardo, y que, Dios mediante, le avisaré para cuando vayamos a la nueva casa. Saluden también al Sr. Vicario<sup>11</sup>, a D. Domingo y a toda la familia; lo mismo a las niñas; y para mis cuatro hijas, el corazón de su amante madre, que mucho las ama,

CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS

A D. Miguel, el médico, mis cariñosos recuerdos. Las Hermanas están también bien; están felicitando las Pascuas, como también desea que pasen bien su madre.

---

<sup>9</sup> Carlota Hernández Arrojo, hermana de Wenceslada. Era también natural de Hervás (Cáceres), en donde nació el 4 de noviembre de 1852. Tenía veinte años cuando fue a Salamanca, y atraída por el ejemplo de su hermana Wenceslada, ya Hija de Jesús, sintió la llamada a la misma Congregación, en la que ingresó el 4 de noviembre de 1876. Hizo su primera profesión el 8 de diciembre de 1878, y los últimos votos, el 24 de septiembre de 1903.

En el momento en que la M. Fundadora escribe esta carta, Carlota es novicia. Después de su profesión trabajó largo tiempo en la clase del Divino Pastor, del colegio de Salamanca; estuvo cuatro años como superiora de Peñaranda, y por un breve tiempo, al frente de la comunidad de El Espinar. Los once últimos años de su vida los pasó en Arévalo, en donde era superiora Wenceslada Hernández. Allí murió el 16 de octubre de 1905, después de una penosa enfermedad, en la que padeció violentos ataques de asma. Las notas biográficas hacen resaltar su carácter vivo y su simpatía, manifestada también en las cartas que de ella se conservan (cf. B 1,35; RC 35; N 56)

<sup>10</sup> En gesto que revela una actitud de afectuosa cercanía a su interlocutora, Ascensión Méndez, la M. Fundadora ha dejado la frase sin completar, en la seguridad de que la interesada sabrá entender en seguida el contenido de los puntos suspensivos, por tener también en mente el recuerdo, al que hacer referencia.

<sup>11</sup> Don Nicolás Hernández Tabares. Por comisión del Sr. Obispo de Salamanca, Lluch y Garriga, recibió en Peñaranda a la M. Cándida y a las HH. Emilia Torrecilla e Isabel Antón cuando allí fueron por vez primera a tratar d la fundación (cf. RH b, p.78-77)